

La verdadera liberación

Frente a los hechos dramáticos de Nicaragua

En el lejano 1979, Monseñor Romero decía al comentar la primera lectura de la misa del 9 de setiembre:

"Fíjense cómo se anuncia, en la primera lectura, la liberación que Dios trae: "Dios vendrá en persona, Él trae el desquite, Él resarcirá, Él dará salud a los cuerpos, Él hará florecer el desierto" (Is. 35, 4-7a) ¡Qué frases más magistrales para pensar lo que es la verdadera liberación!, ¡el desquite!. No es una venganza de egoísmo, es el poner las cosas en su puesto, es decirles; todos son hermanos, ya no hay por qué unos humillen a otros. El desquite de Dios será su amor, que lo sepan comprender todos los hombres."

Estas palabras del Obispo Mártir de San Salvador, nos ofrecen elementos para ayudarnos a discernir, esto es, a hacer un juicio sobre la realidad que desde los últimos meses, está viviendo el hermano pueblo de Nicaragua. La venganza, el desquite de Dios, es poner las cosas en su lugar, ¿de qué forma? recordando a todos que somos hermanos, es decir, rompiendo la lógica de la diferencia; afirmando con fuerza que todos tenemos la misma sangre, que hace latir el mismo corazón.

Afirmar al otro como uno que también es como yo, es superar la lógica del conflicto para afirmar que el otro es un bien, no competencia, amenaza o alguien a quien aniquilar por sus ideas, costumbres, etnia o nacionalidad. «La unidad es superior al conflicto», afirma al Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*. Sin embargo, para lograr entrar de lleno en la comprensión y en la experiencia de esta dinámica, hay algo que debe cambiar: ese mismo corazón que nos hermana. El cambio del corazón, ese que en la tradición cristiana se llama conversión, es fundamentalmente un cambio de nuestra razón, mirada y afecto, en primera persona, que se

traduce irremediabilmente en un cambio social, porque las fuerzas que cambian la historia son las mismas que cambian el corazón de las personas.

En este momento de especial complejidad en nuestras tierras centroamericanas, sedientas de justicia, se hace necesario hacer un juicio sereno y reposado a partir de la pregunta que atañe a cada uno de nosotros ¿de dónde nos viene la libertad, es decir, la salvación, la vida plena, el desarrollo, la paz? ¿De dónde procede este cambio del corazón que nos permite mirar a los demás como hermanos, pertenecientes al mismo pueblo, y que necesitamos todos por igual?

La respuesta nunca estará en las manos de mecanismos políticos o de caudillos a quien entreguemos la tarea de la responsabilidad de la vida, sea personal que social.

La respuesta siempre saldrá de un yo protagonista, de un corazón despierto, transformado y, por ello, constructor de un orden nuevo.

En nuestra experiencia esta transformación acontece desde el encuentro con Cristo, como afirman los Obispos de Nicaragua, que nos han expresado la senda a seguir:

"Hacemos un llamado a los hombres y mujeres de buena voluntad a no responder con violencia a las diversas provocaciones de las que están siendo objeto. El mal tiene fuerza cuando nosotros se lo permitimos. Así como Cristo se enfrentó a la tentación del maligno en el desierto con esa fe inquebrantable en su Padre Dios (Cf. Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13), igualmente nosotros, como seguidores suyos que somos, estamos llamados a enfrentar el poder del mal con la misma fe porque solo así podremos vencerlo y vivir en una sociedad de justicia y paz. No seamos cómplices del mal".

Comunión y Liberación Centroamérica